

LES RUEGO QUE ME ODIEN

Guillermo Roz

**I PREMIO DE NARRATIVA
FRANCISCO AYALA**



MUSC
C.LCS

9

LES RUEGO QUE ME ODIEN

Guillermo Roz

ISBN: 978-84-15737-56-8

© Guillermo Roz

© 2013, de esta edición: Musa a las 9, S. L.

www.musaalas9.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento.

*Si esta es su forma de amar,
les ruego que me odien.*

MOLIÈRE

A todos los hombres nos signan tres mujeres: nuestra madre y dos más, una buena y otra mala. En mi historia, mi madre no será más que eso, la que me parió. Las otras dos son las que verdaderamente importan. Estoy seguro de que se confabularon para destruir esta vida que quiero contar. Pensándolo bien..., ¿por qué habré dicho que una de las tres es buena? ¿Qué me lleva a querer salvarla del infierno que se merece? Acaso el deseo, la necesidad de mejorar el pasado con la imaginación.

Primera

JUAN JACINTO, CON su engominado Juancito de siete años, y Roberto René, con su Elsitita coqueta y obediente, de la misma edad, sellaron el pacto en una noche señalada que, aunque enclavada en medio del siglo XX, adoptaba el sepia de cualquier pasado. Era la fiesta de cumpleaños de la Sociedad Filantrópica de Quilmes (SFQ). Los hombres salieron al balcón con vistas al Río de la Plata. Un aire húmedo les lamía las caras. Las estrellas haraganeaban su luz y unos murciélagos revoloteaban con la gracia oscurecida de colibríes nocturnos. Sabían de lo que iban a hablar, se conocían demasiado. Prendieron sus cigarrillos mentolados, dejaron las hebras grises en el aire y se dijeron que sí, que estaban de acuerdo: diecisiete años resultaba una buena edad para el compromiso de sus correspondientes vástagos, o sea, Elsa y yo. Sería cuando terminásemos nuestros estudios secundarios.

Estrecharon sus manos anilladas y sonrieron.

Diez años pasaban rápido. Y pasaron.

Leticia llegó a nuestras vidas—a la vida de Elsa y a la mía, que es como decir una sola— cuando teníamos catorce, en el segundo año del colegio secundario. Fue entonces cuando se inició el triángulo que habría de estampar mi destino, aunque yo no lo supiera. Pero ya llegaré a esto; primero quiero hablar de Elsa, mi Elsa.

Tuve claro desde niño que ella nunca se enamoraría de mí; sin embargo, sabía que terminaríamos casándonos. Estaba hecha para mí. Por su sonrisa, por su corte de pelo, por la manera en que saltaba a la comba, por la vanidad con que estiraba su meñique delicado cuando bebía su taza de leche con chocolate, y porque nuestras familias habían acordado que ella y yo habríamos de reproducir el modelo social al que ellos aspiraban.

Mi padre, Juan Jacinto, y su padre, Roberto René, habían sido los fundadores de la Sociedad Filantrópica de Quilmes, ciudad donde residíamos todos. Eran de esos emprendedores cautos, arremetedores y conservadores a la vez. Concebían el mundo como un balón antiguo a la espera de su acción renovadora, y Quilmes como la tierra prometida donde todos los sueños habrían de cumplirse. Respetaban más que nada la tradición y los valores de una educación que los cercaba y determinaba cada una de sus inhalaciones y exhalaciones. Aplicaban todo lo aprendido como un molde del que no había que salirse: hacerlo significaba ir en contra de su propia naturaleza. Había unas cuantas paradas obligatorias, ese saber estar en la sociedad como hombres y mujeres de bien. Hombres y mujeres que seguían estrictamente el respeto por los símbolos patrios como la bandera y el himno nacional, la elegante sumisión a la religión católica que incluía ser bautizado, tomar la comunión,

confirmarse a los quince años, confesarse y comulgar todos los domingos en la santa misa con vestidos planchados, muy bien planchados, nunca escotados en el caso de las mujeres, y dedicar el tiempo necesario a nuestro cabello como para provocar el consabido «¡Ay, pero qué bien peinadito está este chico!».

Crecimos en un espacio donde sabíamos exactamente qué podía decirse y qué no, qué podía usarse y qué no, qué era parte de lo bueno y qué de lo malo. Lo malo era malísimo, mefistofélico, maldito a los ojos de Dios y de la tradición, nuestros dos grandes tótems. Lo malo era sucio y si solo pensábamos en ello, nos ensuciaríamos. Lo bueno era lo seguro, lo que nuestros padres habían aprendido de sus antecesores y ahora repetían con convencimiento.

Recuerdo a mi padre atándose los cordones de los zapatos: un artesano tejiendo la más noble de sus obras, o cuando se anudaba la corbata, o metiendo un corcho en la botella de vino. La elegancia de esa parsimonia y el silencio de sus movimientos dibujados en el aire me conmovían. El esmero obsesivo en los detalles de su vida, en los gestos más banales, me hacían sospechar que mientras realizaba esas tareas, tramaba planes de una complejidad acorde al tiempo que demoraba. Había en su educación y en sus modales una necesidad de trenzar cada acción como si le fuera la vida en eso. Lo cierto era que para mis padres la sustancia profunda de la vida nacía y se constituía desde las formas, los envoltorios, los peinados y los vestidos, la forma de atarse los cordones, el artístico delineado de un maquillaje para una de sus galas benéficas.

Entre las cosas más importantes que les habían inculcado estaban la educación y posterior colocación de sus hijos. Las familias colocaban a sus retoños en buenos colegios, empleos de jerarquía y buenas familias a través de alianzas con otros clanes similares. El antiquísimo rito de forjar acuerdos prenupciales venía en el ADN de nuestros mayores.

Desde el jardín de infantes el plan familiar comenzó a ejecutarse a la perfección. Nos apuntaron a los cuatro años en el colegio más caro y prestigioso de Quilmes, quizás de toda la provincia de Buenos Aires: el Saint George's. Los ingleses, la colonia extranjera que había dominado la zona durante todo el siglo XIX y principios del XX, implantaron las grandes instituciones: el Saint George's fue una de sus banderas que mejor flamearon. Aquel colegio era el nido de banqueros y políticos. Nuestros padres nos incubaban en ese antro de la buena educación durante doce años y después, cuando creían que la incubadora nos había calcinado lo suficiente, nos sacaban, nos soplaban la cara para procurarnos el hálito de la vida eterna y nos colocaban en sus empresas o en otras instituciones aún más descaradamente ricas.

En una foto inolvidable del primer día de clase, irrumpimos Elsa y yo con nuestros babis rojos y una bolsita a juego. Ella sonrío a la cámara y yo lloro con furia desatada. En ese instante presente e inmortal a la vez, ella ya sabe ser la mujer que se adapta a todo. Me toma de la mano como una ma-

dre a su hijo. El llanto me desfigura la cara. En algún momento, con sus mismos cuatro años, parece que Elsa va a darse vuelta y a revelarme:

—¿No ves que no hay nada que hacer? ¿No ves que este sos vos y esta soy yo y que, aunque llores, nada de tu presente ni tu futuro cambiará? ¿No ves que todo está escrito, idiota mío?

Todo está escrito. Vaya si lo sabíamos desde nuestro nacimiento.

Durante la escuela primaria nuestros compañeros creían que éramos hermanos o primos. Nos quedábamos sin argumentos para negarlo. Nuestras madres llegaban juntas para llevarnos y traernos. Planificaban semanas en las que se alternaban para ocuparse de nosotros. Que una u otra nos viniese a buscar daba igual porque las ceremonias resultaban idénticas. Los temas, las indicaciones, el lenguaje, el asombro por las buenas notas o las muy malas conductas de otros niños repetidamente señaladas. Éramos un monstruo de dos cabezas.

No nos sentábamos juntos en el mismo pupitre. No lo habíamos elegido, por supuesto. En la escuela primaria de nuestra época estaba mal visto sentarse al lado de un compañero del sexo opuesto. Ese fenómeno antinatural solo se contemplaba como parte de un castigo del maestro o como la simple alternativa a sentarse en el suelo.

Elsa se alió durante toda la primaria a la más niña hermosa de nuestra escuela. Se llamaba Marcelina y era hija de un constructor italiano que solía asesorar sobre las ampliaciones del edificio de nuestro Saint George's. Elsa la peinaba todos los días, le pintaba las uñas y se las despintaba para que su madre no la sermoneara, la mimaba y la trataba como a su muñeca. El padre italiano había condenado a la niña a llevar en el dedo anular izquierdo un anillo con una piedra preciosa, el cual paseaba diariamente en los anulares de todas las compañeras.

Yo me sentaba junto a Ronald Dempsey, un niño extraordinariamente mudo. Su silencio inquebrantable y sus fenomenales dibujos de héroes imaginarios me infundían la seguridad de asistir al crecimiento diario de un genio. Un día le pregunté a Ronald —rondaríamos los diez años, cinco de ellos uno al lado del otro— si cuando fuera famoso y los periodistas le preguntaran por sus amigos más queridos, me mencionaría.

Construyó un silencio especial, de aquellos dedicados a pensar o a temer. Frunció el ceño. Se frotó las manos como las moscas antes de echar a volar. Me miró fijamente. Respondió con la cabeza gacha.

—Es que a veces no me acuerdo de tu nombre —se disculpó después de contemplarme durante

un rato, mientras hacía girar su lápiz Faber adentro de su envidiado sacapuntas de metal. Fue una de sus declaraciones más sueltas y prolongadas.

La misma clase de educación con que nuestras familias nos conducían por la vida nos era impartida en nuestro dorado Saint George's. Todo allí era un festín de la moral victoriana que pervivía en nuestras casas. En todas las materias que estudiábamos se filtraba la declaración del deber. El deber. El deber ser. Nosotros, los hijos de esos prohombres que pagaban la altísima cuota mensual y que tenían por espíritu promover un mundo en donde ellos pudieran seguir reinando sobre todas las cosas, debíamos. Debíamos obedecer y marchar rectos por la bienaventurada línea de lo que está escrito con la sangre de lo no escrito.

Elsa, Marcelina, Ronald, yo y el resto de aquellos burguesitos reclinábamos nuestros días enteros ante el creador todopoderoso de la conservación del sistema. Porque solo puede amar y reproducir el sistema quien lo conoce, lo mama y, finalmente, se concienza que será lo mejor para sí aprendérselo de memoria para eternizarlo. Por los siglos de los siglos. Por respeto y agradecimiento a las generaciones pasadas y por el bienestar material y moral de los que continuarán gozando de él. Ser rico y poderoso, pequeñoburgués y conservador es un estado que se hornea en las aulas de todo colegio de millonarios.

Cada cierto tiempo alguno de nuestros padres visitaba una clase para hablarnos sobre el trabajo con el que se ganaba la vida. Encumbrar a nuestros progenitores era parte de nuestra esmerada enseñanza. Llegaban a visitarnos banqueros, dueños de casinos, directores de orquesta y comandantes uniformados de Aerolíneas Argentinas, entre otros. Esa semana, al hijo agraciado se le veía entre nervioso y enorgullecido, ausente o vomitador. Muchos de nosotros preferíamos, tras aquellas charlas, pasar a ser hijo de un padre más simpático y musculoso, aunque del mismo modo había ejemplos que nos mostraban que nuestro destino podría haber sido peor.

Si teníamos suerte nos llevaban al lugar donde ejercía el visitante, como cuando fuimos a conocer el Zoológico de la Ciudad de Buenos Aires, dirigido por el papá de Gustavo Noriega Baltimore. Fue uno de los días más fantásticos de mi vida. Llegamos a ver a un empleado, convertido en superhombre, metiendo la cabeza en la boca de un león. También paseamos a lomos de elefantes y dimos de comer a jirafas y a chimpancés.

Así llegó el turno del padre de Elsa y del mío. Nos expondrían el significado de la filantropía y la valía de su emprendimiento, eso de la Sociedad Filantrópica de Quilmes. Ellos, para no perder fuerza simbólica, se presentaban siempre juntos.

La maestra Cecilia, pecosa y redonda, estrechó la mano a Roberto René y a Juan Jacinto con la cara iluminada, segura de presenciar la súbita encarnación de dos dioses. Sus carreras como empresarios y benefactores de la comunidad, tal como eran presentados en sociedad, los habían convertido en personajes ciertamente reconocidos. En la prensa quilmeña y bonaerense, se leían sus declaraciones acerca de un mundo mejor acompañadas de fotos en las que se abrazaban a políticos y obispos. En todas sabían generar, con sus sonrisas, una luz de seducción irresistible.

Iban vestidos idénticos. Gemelos con camisas a cuadros, custodios de la directora del Saint George's que ingresó con ellos al aula para presentárnoslos. La máxima autoridad del colegio, ese día con la boca más roja, las uñas más largas y las pestañas más abundantes de lo habitual, exclamó que nos dejaba en «la gratísima compañía de dos hijos verdaderamente dilectos de Quilmes, dos cimientos de la futura sociedad donde todos volveremos a ser un poco más hermanos».

Cecilia, la maestra cilíndrica, lloraba de emoción y nosotros nos resignábamos al soberano aburrimiento con la exposición de aquellos dos que ya sabían aburrirnos en casa.

Elsa y yo éramos demasiado pequeños para no profesar más que admiración por nuestros insignes progenitores. Ese día sentí que la vida me depararía únicamente felicidades mientras mi padre estuviese vivo.

Antes de comenzar a desplegar su exposición, Roberto y Juan repartieron entre los alumnos folletos con los objetivos de su SFQ. Recuerdo que cuando mi padre llegó hasta mí, me dio un beso en la frente que me hizo sentir el Elegido.

—¿Quién sabe lo que quiere decir filantropía, chicos? —nos preguntaron. Creo que solo Elsa y yo podríamos haber respondido una pregunta tan difícil. Sucedió que habíamos escuchado mil veces la definición del diccionario que apelaba a un idioma llamado griego: «La etimología de la palabra filantropía deriva sus raíces del griego φίλος *philos* (o *filos*), y άνθρωπος, *antropos*, que se traducen respectivamente como 'amor' (o 'amante de', 'amigo de'), y 'hombre' (o 'ser humano'), por lo que filantropía significa 'amor a la humanidad'. Su antónimo es misantropía».

Amor a la humanidad...

A través de preguntas y respuestas los oradores explicaron que la verdadera esencia del ser humano residía en la experiencia del amor hacia los desamparados, los desprotegidos, los necesitados en general. La SFQ concretaba ese amor en forma de proyectos de ayuda a países africanos, asiáticos o latinoamericanos, en los que se construían colegios, bibliotecas, hospitales y comedores. Los educadores desplegaron pósteres sobre el pizarrón con imágenes de niños negros panzones y coronados de moscas.

También se nos dijo que nosotros éramos los que continuaríamos con esa misión. Construir y

hacer pervivir la familia cristiana. De no ser así, el mundo se encaminaba al Apocalipsis. Nuestro compromiso debería comprender la constancia en nuestros estudios y el respeto por nuestras tradiciones y nuestros mayores.

Podríamos ayudar a los pobres si conserváramos nuestra riqueza y la reproducíamos y volvíamos a reproducirla, en resumen.